

á dos en mis manos; y sabiendo ambos á dos como saben, cuanto desprecio debe inspirarles el malaventurado que ha perdido su Alhama.

La cólera de Muley-Hacem no pudo sufrir más tiempo tanto insulto, y estalló con terrible estruendo. Como el leon, que ha oido en el desierto sonar un tiro, relampagueó su mirada, rugió su pecho, rechinaron sus dientes, erizóse su melena, abriéronse sus garras. De un salto abandonó el mullido lecho, y de un tiron descolgó el cercano alfange. Apenas descolgado, desenvainólo con espasmo de ciego furor; y apenas desenvainado, asestólo al cuerpo de su insolente mujer. El conocimiento que ésta tenia del natural violentísimo de su Muley, sirvióle para ponerse en cobro y evitar el golpe, el cual dió en la puerta del Harem por donde huyera la sultana, exaltada, iracunda, terrible, imperiosa, guerrero en fuga más que mujer en celo, pues ni lanzó un quejido ni vertió una lágrima, metiéndose en su lecho como pudiera meterse una leona en su caverna.

Muley-Hacem, despues de haber frustrado el golpe, se contuvo al freno de su conciencia, y se volvió hácia su cama recitando esta plegaria del Koran.

—Las alabanzas son para nuestro Dios y por Dios las buenas acciones. Salud y paz á tí, profeta de Dios. Que las divinas bendiciones caigan tambien sobre tí. Salud y paz á todos los servidores de Dios, justos y virtuosos. Confieso mil veces todos los días la fórmula sagrada de tu culto «no hay más Dios que Dios, y Mahoma es su profeta.» Prospera, Dios mio, el nombre de Mahoma en este y en el otro mundo. Haz por él, Señor, lo mismo que has hecho por el nombre de Abraham. Si he faltado alguna vez á tu fé, perdóname todos mis pecados. Compadécete de mí, oh sér por excelencia santo y misericordioso; compadécete.

Y luego haciendo dos reverencias, una al lado derecho y otra al lado izquierdo, como para saludar á los ángeles de su guarda, remató la plegaria con estas palabras:

—«Que la salud, la paz y la misericordia sean contigo.»

Tales oraciones dirigió al cielo y perdones demandó á Dios el sultan por haber tenido, en vértigo de rábía, no el propósito deliberado, el impulso ciego de matar á su mujer Aixá. Cumplido el ritual de su oracion y satisfecha la justicia del cielo, tornóse á meter en cama, y trató de conciliar el sueño. Pero ¿cómo habia de caer sobre los párpados, cuando tantos y tan graves pensamientos le pesaban en la mente? Guerrero por condicion, duro por naturaleza, empedernido en los feroces ejercicios de las peleas, cruel porque la crueldad se imponia á su vida y á su ministerio así en el empeño de debelar las tierras cristianas como en el empeño de someter los bandos musulmicos; su natural de peleador y su oficio de monarca le exigian buscar compensacion necesaria á tanta rudeza, en el alma tierna de una mujer que le atase al hogar y le hiciese sentir la felicidad contenida en los afectos dul-

ces y sencillos. Pero, si Aixá tenia bien puesta su fama de honrada, pues la honra sus gentes la llamaban, en cambio no tenia ninguna de las cualidades necesarias para endulzar las ambiciones de un imperante y embellecer los azares de un soldado. Fea de rostro, fornida de cuerpo, dura de corazon, fuerte de temperamento, altiva de carácter, cruel de entrañas, austera de costumbres, experta en los secretos de Estado, capaz de las hazañas guerreras, antes podia aparecer como un compañero compartiendo el trono de Hacem que como una esposa encantando su existencia. Y Hacem necesitaba en los tormentos de sus ambiciones un consuelo, en los conflictos de sus batallas un iris, en la hiel de sus odios un calmante, en las empresas de sus ambiciones una hurí, en los secretos del hogar una beldad, en toda su vida un amor. Las leyes de su culto le permitian muchas mujeres, muchas esclavas; pero no encontraba en esos pobres séres que se entregaban al favor real como tímida florecilla al ardiente sol, aquellos esparcimientos de ánimo, aquellos coloquios de ternezas, aquellas inspiraciones de poesia, aquella dulzura de sentimientos que constituyen los verdaderos hechizos de la vida y los verdaderos placeres del amor. A medida que entraba en la madurez de la edad y que se despedía de esos ensueños de gloria naturales en la juventud, necesitaba con mayor necesidad de una pasion purísima y de una tierna mujer. El cielo acababa de depararle milagrosamente la esperanza de encontrar satisfaccion á esta necesidad con el cántico misterioso que parecia bajar del paraíso entreabierto á sus aspiraciones y á sus llamamientos. Aquella voz angelical acaba de penetrar en sus entrañas y de conmoverle el fondo mismo del alma. No dormia, pues, no podia dormir hasta conocer á la beldad misteriosa que le transmitiera aquel fuego con su voz y le abrasara el pecho con su amor. Así es que aun no asomaba casi la alborada, aun no relucian las nieves de la cordillera, aun no entonaban sus primeros cánticos las alondras, aun no se oian los primeros rumores que al despertar produce la mañana, cuando ya Muley habia recitado la sura consagrada por el Koran á la aurora, bendiciendo al Dios de la luz y rogándole que lo eximiera de los males anejos á la condicion humana, de los maleficios subsiguientes á la luna eclipsada, del soplo de aquellos que arrojan su aliento sobre los nudos de los dedos, y del negro proyecto que lleva siempre en mientes el envidioso contra el envidiado. Y despues que hubo cumplido estos rituales de su culto, llamó al principal de sus esclavos nubios, negro como el ébano y vestido de blanco como el alba, cuya figura se destacó sobre el tapiz rojo iluminado por el doble resplandor de la lámpara que se apagaba y de la aurora que nacia.

—Alhá te guarde.

Dijo.

—El prospere tus días.

Respondióle Hacem.

- ¿Ordenes?
Preguntó el negro.
—Inmediatas.
Contestó el imperante.
—Cumplidas al par de dadas.
—¿Has oído cantar esta noche mientras velabas mi sueño un cántico de cautiva?
—He oído.
—¿De dónde provenía?
—Estaba yo en la torre de Comares y me pareció oírlo salir de la torre del Harem.
—¿No sabes quién cantaba así?
—Lo sé.
—Dilo.
—Una joven cautiva.
—¿A quién pertenece?
—A tu hijo mayor.
—¡Oh! Un joven tan apuesto dueño de tan preciosa prenda.....
Exclamó Hacem rechinando los dientes de celos.
—No te enfurezcas.
—¿No?
—No.
—¿Pues cómo?
—Esclava de tu hijo, está segura si la ama el padre.
—¿Por qué?
—¡Y tú me lo preguntas!
—Boabdil es enamorado y gentilísimo.
—Pero, como los cristianos, ama á una sola mujer, á la hija de Aliatar, á la bellísima Moraima.
—¿De veras?
—Todas sus esclavas son meros adornos de sus estancias, meras aves de sus jaulas.
—Me tranquilizas.
—Está, además, adscrita al servicio de tu esposa, y ya sabes como las gasta Aixá.
—¡En el joyero de mi casa y no haberla conocido!
—Los que teneis tantas riquezas, tomáis algunas veces por despreciables vidrios los mas preciosos diamantes.
—Vamos al harem.
—Toma algunas precauciones.
—¿Qué dices?

- No te lances desde tu trono sobre la cautiva como se lanza el águila desde su cielo sobre la presa.
—¿Por qué?
—Porque son de temer los celos y las venganzas de Aixá.
—No me importan.
—Deben importarte, si no por tí, por tu reino.
—Condúceme con seguridad y sin peligro. Pero no olvides que ardo en deseos de ver á la muchacha; y despues de verla, arderé en deseos de mirarla; y despues de mirarla, arderé en deseos de poseerla.
—Todavía la conoces solamente por la voz.
—Imposible que salga de un cuerpo deforme. El cuervo grazna; y gorguean el ruiseñor, el canario y el gilguero.
—Pues mas hermosa que su voz todavía es su persona.
—¿Cómo le llaman?
—Le han dado un nombre de estrella, la han llamado Zoraya.
—Estrella de mi fortuna será, estrella de mi vida, estrella de la mañana mas feliz de mi vida, estrella de mis pasos.
—Véte, Sultan, por esa galería secreta de la izquierda y llegarás al tocador de la Sultana. Apenas el sol haya dorado los miradores del Generalife cuando habrá salido de su secreto alhamí á barrer y arreglar la regia estancia.
¡Barrer! Su escoba debe ser celeste, y el polvo que levante, debe convertirse en astros.
—Corre por ahí.
En efecto, el sultan se personó en recatada tribuna del tocador de la Reina, donde, á traves de sus áureas rejas, veía sin ser visto. Ya el sol doraba las cumbres del Generalife, y Muley decia la oracion de la mañana que empezaba con las palabras «Dios vivo,» cuando salió Zoraya. El ciego de nacimiento, que ve derrepente la, para él, primera luz, pasa la estraña emocion que pasó el alma de Hacem al sentir por vez primera en su vida el verdadero amor. Hubiéranse podido oír á un tiempo mismo los latidos de su corazon y de sus sienas, pues los sentimientos y las ideas pugnaban por romper su agitado cuerpo, que se estremecía como presa de un terrible accidente. Y no podia menos. La aparicion era sobrenatural. La cabeza de Zoraya tenia las mas bellas proporciones. El negro cabello le tocaba las plantas y la envolvía como un manto. Bajo la espaciosísima frente centelleaban los negros ojos con un centelleo celeste. Morena, derramaba en torno suyo el ardor que los desiertos y la poesía que una noche de luna en el Oriente. Así Muley estuvo á punto de lanzarse desde la tribuna como habia dicho su esclavo nubio, como el águila real se lanza desde los aires solitarios, desde el éther lejano, desde el cielo altísimo, sobre su codi-

ciada víctima. Pero la necesidad que sentía de contemplarla sin conmovér-
la ni interrumpirla ¡ah! le retuvo hasta el aliento.

Zoraya comenzó por vestirse y arreglarse ella misma, creída de que na-
die la contemplaba en aquel apartado retiro del nazarita alcázar. La túnica
blanca se desprendió de sus hombros y quedó á los ojos del sultan extático,
tan hermosa y tan pura como Eva al despertarse en la inocencia sobre la
tierra inmaculada del paraíso. Hacem recitó involuntariamente en el éxta-
sis de su alma transportada á otro mundo las oraciones llamadas en el Ko-
ran suras de Fátima y de Aichá, sin saber ni lo que hacía ni lo que decía,
pues su alma estaba á los piés de Zoraya como la misma blanca túnica que
la esclava vestía.

—Dios mio, dijo, te suplico por la penitencia y el arrepentimiento de
Eva, por la huida y las promesas de Agar, por la fé y el martirio de la mu-
jer de Faraon, por la pureza y la virtud de la madre de Jesus, por la inter-
cesion de Khadijá, por el amor al Profeta de Aichá que me concedas pron-
to el favor de convertir esta esclava en sultana y de elevarla desde su alhamí
á mi lecho y desde su servidumbre á mi trono.

Zoraya, entre tanto, se apercibía á vestirse y se aderezaba por bien mo-
desta manera. La camisa interior cayó sobre sus desnudas carnes como la
nube sobre la luna. El largo cabello se recogió en modesta red y medio se
cubrió con un gorrillo carmesí, que resaltaba sobre su sedoso lustre como
la nube arrebolada sobre las tinieblas del ocaso. El pantalon bombacho se
prendió al círculo de su cintura y á la garganta de sus piés. El modesto al-
maizar ciñó su cuerpo, y ya así, miróse en la fuente que corre en medio de
la estancia, y se encontró hermosa. Muley descendiera de la tribuna y la
tomara en sus brazos, satisfaciendo su pasion, si no le moderara tales ímpe-
tus el deseo de que semejante beldad amase en su persona, no al sultan, si-
no al hombre. Esta consideracion única le sirvió para no dejarse arrastrar
de los ímpetus que le inspiraba aquel acceso de su fiebre amorosa y aquel
hervir de su encendida sangre. Y se quedó contemplándola con el arrobamien-
to con que contempla el jóven enamorado las gracias divinas de su pri-
mer amor.

Y tenia que contemplar Zoraya. Lo primero que hizo, despues de ves-
tida y arreglada, fué irse á un escondite y sacar de allí primoroso cuadro que
representaba una imágen cristiana de la Virgen Madre, y besarlo mil veces,
y consagrarle ferviente oracion. Despues, encendió los pebeteros, y quemó
en ellos las esencias necesarias á embalsamar la atmósfera. En seguida ar-
rancó á los jarrones de metálico brillo las flores marchitas y los llenó de flo-
res recién cogidas y brillantadas con gotas de matinal rocío. Y hecho esto,
dirigióse á la pajarera llena de aves cautivas como ella, hermosas como ella,
que al verla aletearon, fascinadas por el resplandor de sus ojos, y atraídas
á tomar un grano de alpiste en el rosicler de sus labios. Luego abrió la ce-

losía del ajimez y contempló ávida el pedazo de cielo que se divisaba por
el cercano jardin, al traves de la cortina de jazmines y de la enramada que
formaban entrelazándose los naranjos y los granados, sobre los cuales su-
bian al cielo las pirámides de los cipreses y desde el cielo se inclinaban sobre
la tierra las coronas de palmas rematando el tronco enhiesto de las orienta-
les palmeras. En aquella mirada dirigida por los expresivos ojos de la mu-
chacha al cielo, hubo una expresion tal, que Hacem creyó descubrir aspira-
ciones á la libertad y al amor.

—Tendrás mas que el amor, dijo entre dientes, sí, tendrás mi amor; y
tendrás mas que la libertad, tendrás mi trono.

Y apenas habia dicho esto, cuando apareció su mujer, Aixá, imperiosa,
adusta, con la sonrisa del desprecio en los labios, con la aureola del insom-
nio en los ojos, mal ceñida en descuidado traje; y retratando en todo su sér
las inquietudes asesinas de la ambicion tan opuestas á las vívidas inquietu-
des del amor. Verla Hacem y salirse de la tribuna fué todo obra de un mo-
mento. Y salirse é idear el medio de arrancar Zoraya al dominio de Aixá
obra de otro momento tambien.

Llegado, pues, del harem á Comares, llamó su esclavo nubio y le dijo:

—En tí pongo mi confianza.

—Yo en Dios para que tamaño peso no me abrume.

—Necesito que Zoraya desaparezca de la servidumbre de Aixá y de Mo-
raima.

—¿Un rapto?

—No.

—¿Pues que?

—Una muerte fingida.

—¿Cómo?

—Mi médico te dará á la presentacion de este pergamino un narcótico;
quedará la cristiana como muerta.

—¿Luego?

—Di que un cristiano te ha ofrecido fuertes sumas por el cuerpo de su
compatriota y quédate con ese preciado cuerpo.

—¿Querrá Aixá venderlo?

—Necesita mucho dinero para sus conjuraciones y lo venderá sin escrí-
pulo. Allí tienes mi tesoro. Mete la mano en su caja y coge todos los dia-
mantes y todos los záfiro necesarios al logro de mi deseo.

—Serás servido.

—En cuanto recibas el preciado cuerpo, sin que nadie lo advierta, lleva-
ráslo donde dice ese pergamino y lo tenderás en la estancia y en el lecho
que rezan sus palabras.

—Tú mandas en mí como Mahoma en tí, ó como Alhá en Mahoma.

—Que nadie sepa donde el cuerpo ha ido y que todo quede terminado con el día. Cuando la luna salga, esté Zoraya en el camarín designado y yo á sus piés.

—Tu voluntad es ley.

Y desapareció el nubio, quedando Hacem completamente entregado al juego caprichoso de sus pasiones y al curso vario de sus ideas en continuos íntimos callados soliloquios.

—Ambicion, exclamó Hacem en cuanto estuvo solo, ¿de qué sirves á los humanos en el mundo? Andando alrededor de los objetos que deseas en continua carrera, nunca lograrás satisfacciones completas. ¿Adonde subirás en la tierra que no veas algo ó alguien mas elevado, siquier ese algo sea el cielo, y ese alguien sea Dios? Vencidos todos tus enemigos mas encarnizados, rotos los reinos mas rivales tuyos, aun no has destruido nada como no destruyas lo indestructible, tu propio deseo. Con todo el oro que ha arrastrado el Darro no puedes comprar un día de vida ni detener un minuto del tiempo. Con toda la gloria que te deparen obras y hazañas inmortales no puedes impedir que perezca en el último juicio la tierra donde está contenido tu recuerdo y grabado tu nombre. Cuando miras mil frentes inclinadas no sabes si se inclinan tambien las conciencias que tras ellas laten. Cuando están mil rodillas en tierra no distingues si tambien se han arrodillado las almas. La corona mas ligera pesa con abrumadora pesadumbre sobre la frente, y con profundísima tristura sobre el corazón. La ambicion tiene por hermana inseparable á la envidia. Así, aun no has sentido sus mordeduras en el deseo cuando ya te ha amargado el paladar, como que se riegan y crecen con hiel. Toda ambicion se ha arrastrado alguna vez, y al eruirse, ha tenido que desquitarse de sus humillaciones con la crueldad y la venganza. Como el ambicioso es el mas egoísta de los hombres, tambien es el mas solitario y aislado, aunque se encuentre en medio de numerosas muchedumbres. La palidez de la muerte tiñe su semblante, la nieve de las canas cae sobre su cabeza, la fatiga de la ascension continua destroza su pecho. Yo detesto la ambicion y quiero el amor. En estrecho nido ignorado de los hombres, contemplando eternamente á mi Zoraya, moriré tambien, pero moriré como se muere en la tranquila casa, llorado, y no como en el proceloso trono, aborrecido. Una de las mayores desgracias que caen sobre los poderosos consiste, en ignorar si las gentes les siguen y les aman por ellos mismos ó por las altas posiciones que ocupan. Yo ocultaré á mi Zoraya mi corona; y ella me amará solamente por mis naturales prendas. ¡Oh día larguísimo! ¡Cuando fenecerá tu luz, y vendrá la noche propicia á los amantes!

Y como todo llega en el mundo, llegó tambien la deseada noche. Zoraya, despues de una comida en que corriera abundantamente el vino á pesar de los preceptos mahometanos, sintióse presa de terrible sueño que llegó á

confundirse con la muerte. Sus compañeras vertieron abundantes lágrimas y lanzaron agudos sollozos. No satisfechas de estas manifestaciones de duelo, cogieron con ambas manos los rizos que les caian sobre las espaldas y se mesaron con furia las largas cabelleras. Distinguióse entre todas por su dolor la tierna Moraima, pues segura del cariño de su Boabdil, nunca creyó tener en las esclavas, ni moras ni cristianas, temibles rivales. En cambio la austera Aixá disertó sobre los desórdenes de la mesa y tomó pretexto de aquel inesperado caso para argüir muy largamente del olvido de las leyes koránicas y de la maldita manía de beber vino. Cautiva andaluza, la pobre Zoraya conservaba en su conciencia, y siempre que podía en sus oraciones y prácticas religiosas, como hemos visto, el culto de sus padres; mas en el Harem, sin que nadie la hubiese consultado, pasaba por renegada y mahometana. Así no es mucho que sobre su cadáver frio recitara Aixá la oracion musulímica por los difuntos, y volviendo su rostro á la Meca, dijera los cuatro tekbires necesario para encomendar los muertos á la divina misericordia. En el primero exaltó la gloria de Dios, en el segundo le consagró largas alabanzas, en el tercero le pidió para Mahoma las mismas bendiciones llovidas sobre Abraham, y en el cuarto le conjuró á que acordase justicia á la difunta si habia sido buena y perdon si habia sido mala, convirtiendo su tumba en lugar de delicias y en pórtico del paraíso. Pero, aun no habia acabado esta plegaria religiosa, cuando sobrevino proposicion de rescate, y con la proposicion de rescate el propósito adivinado por Muley en Aixá de entregarla á cambio de tesoros muy buenos para alimentar las guerras civiles y conseguir el logro de todas sus femeniles ambiciones. El nubio cogió el cuerpo y lo depositó en la mágica estancia señalada por el enamorado Sultan.

Era de noche. Bien lo indican el canto del cuclillo en la llanura, del buho en la caverna, del ruiseñor en la floresta, de la rana en el estanque y del grillo en la yerba. Dentro de preciosa estancia yace sobre un lecho de damasco carmesí el cuerpo de Zoraya, revestido de lino blanco como la nieve y coronado de flores recién cogidas en los encantados cármes. El suelo de alabastro brilla como si fuera un pedazo de la luna llena; las paredes primorosamente alicatadas tienen todos los colores del iris realzados por la hojarasca de plata y oro; la bóveda compuesta de estalactitas varias parece destilar esas gotas de luz que se llaman soles y estrellas; levántanse á las alturas surtidores de esencias que perfuman el aire, y penetran por las venas como un sueño delicioso; y de las alturas caen suaves melodías impregnadas de amor que á su vez embriagan el alma. Sobre sendos cojines, á los piés del lecho, se ven trages orientales de la mayor riqueza y joyas tan preciadas que valdrian ellas solas un reino. La luz, á cuyo resplandor todos aquellos objetos están iluminados, guarda reflejos dulcísimos y extraños como si proviniera de otros cielos y astros enteramente desconocidos para los mise-